



## SEMBLANZA

Aída Morales Vera, una vida de Servicio.

Muchas gracias a la academia de Bioética en Tabasco por organizar este homenaje a mi madre y amiga, quien, además fungía como presidenta de esta honorable academia.

Gracias por obsequiarme la oportunidad de ser portavoz de mi querida familia en México y de nuestros amigos (muchos aquí presentes) para compartir con ustedes, un poco o mucho de esta guerrera incansable, quien por cinco décadas se dedicara en cuerpo y alma a la nutrición, con las mil y un facetas de esa hermosa carrera.

Sí, este año, 2020, marcaba su quincuagésimo aniversario de vida profesional. Una vida de entrega, dirigida con un ideal de excelencia.

Aída Morales Vera fue un verdadero ejemplo de lo que significa salir adelante, con resiliencia, afrontando la adversidad y reinventándose cada día.

Como el ave Fenix, se levantó de las cenizas, innumerables veces.

Trabajar de manera incansable, servir a su comunidad. Compartir experiencias. Enseñar. Tocar Conciencias y SEÑALAR, muchas veces de manera dura, las incongruencias y falacias de quienes, de pronto, olvidaban qué es la ética y el servicio al otro. Eso era parte de su personalidad. Era congruente consigo misma.

Dietista, Licenciada en Nutrición, Maestra en Administración, Investigadora, Experta en seguridad y calidad alimentaria, consultora, emprendedora, docente, incluso, sin ser comunicadora de profesión, en su ánimo de compartir, también hizo comunicación.

Quizá no todos los sepan pero, en muchas ocasiones no sólo fue experta invitada en radio, prensa escrita y televisión, sino que en los años ochenta, contaba con sus propios programas televisivos en la entonces Comisión de Radio y Televisión de Tabasco, siendo sus primeros productores, Ady García y Carlos Broca.

Una profesionista y ser humano con muchas facetas.

Hasta cierto punto, filósofa. De la vida. Eterna buscadora de lo trascendente.

Infinitamente romántica, era capaz de escribir de manera poética hasta el más terrible de los episodios, y miren que vivió muchos.

Madre, hija, hermana, madrina, abuela, amiga. Gozosa de la vida. Motivando al otro, siempre. Cada mañana daba los buenos días, aún en la distancia.

Su frase favorita para responder cuando se le preguntaba ¿Cómo estás? Era: “Feliz. Viva y Sana, gracias a Dios.”

Defensora de los principios éticos, de la justicia, del bien común. Promotora del pensamiento crítico, del bienestar alimentario y de la nutrición. Creaba puentes entre la lógica y la intuición. Aprendió de los grandes. Tuvo maestros que no sólo se convirtieron en entrañables amigos, a través del tiempo, sino que fueron sus guías, a los que siempre les dio su lugar y reconocimiento. Fueron muchos, recuerdo particularmente y con cariño, al Dr. Joaquín Cravioto QEPD, quien fuera médico, investigador, catedrático y quien puso en alto el nombre de México en el mundo de la nutrición. Desde niña le escuché hablar, compartir y aprender de y con los mejores en su campo. Nombres como el del Dr. Joaquín Cravioto, Dr. Rafael Ramos Galván, o el Dr. Salvador Zubirán (quien fuese el fundador del Instituto Nacional de Nutrición), por solo mencionar unos, fueron nombres que escuché desde pequeña. A algunos les conocí en mi infancia y resultaban, casi de familia, dado lo que compartía mi madre, y por los tantos libros y artículos que

habían en casa y que llevaban esos nombres.

Mi madre tenía la capacidad de ver el potencial en los otros, especialmente en sus alumnos. Y sé, me consta, le frustraba grandemente observar cuando ese potencial no era usado en su máximo exponente.

Calidad. Excelencia. Eran términos que predicaba y mostraba con el ejemplo, no sólo en el terreno de la calidad alimentaria, sino en todas las áreas de su vida, personal y profesional.

Por cierto, leía yo con atención muchos de los comentarios que han compartido colegas, familiares, amigos y, especialmente de sus alumnos, a través de las redes sociales. Hubieron algunos que me robaron muchas sonrisas cuando sus autores compartían lo estricta que era mi madre como maestra universitaria, especialmente con aquellos que se estaban formando en áreas donde se manejaría alimentos. Comentaban que la excelencia, seguridad y control de calidad se las tatuó de manera que no han podido olvidar y que (incluso bromearon con ello) les revisaba las uñas, la impecabilidad de sus ropas y zapatos, entre otras cosas. Por supuesto, esto era particularmente aplicado para aquellos que llevarían a cabo técnicas culinarias y manipulación de alimentos, tanto quienes se estaban formando en el área de nutrición como en Turismo, hotelería, alimentos y bebidas. No imagino a Aída Morales haciendo eso en las aulas, fuera de los laboratorios, mientras enseñaba a sus alumnos de nutrición, de enfermería o de psicología, por ejemplo.

Esa disciplina era también parte de los procesos con el personal de las tantísimas empresas de restauración y alimentación colectiva a las que asesoró y les mostró el camino hacia la calidad, en tanto que consultora “H” y dirigiendo su empresa “Living Quality, Nutriservicios”. Tareas que llevó, incluso, hasta las plataformas petroleras, siendo la primera en incursionar en ese campo, siempre impulsando a otros profesionales para abrirse camino y abrir caminos en áreas que aún no estaban explorados.

Al recordar su trabajo en plataformas vino a la mente cuando me platicaba que para ir a trabajar debía “disfrazarse”, sin maquillaje, con ropas muy masculinas y pasar lo más desapercibida posible, especialmente cuando le tocaba dormir allá, en medio del océano.

- Te imaginas, me decía.
- La única mujer en un mar de hombres...  
Reíamos juntas.

- Pero alguien tiene que hacer el trabajo y hay que abrir espacios para las generaciones de profesionales que vienen, concluía.

Estas conversaciones tuvieron lugar por allá de los años 90's

Este tema de excelencia, de calidad, de dar lo mejor, de si te equivocas, lo asumes y lo corriges, estoy segura, lo traía en el ADN. Mostrándolo desde muy corta edad, con su excelente desempeño académico y toma temprana de responsabilidades.

Desde muy pequeña lo mostró así. Les voy a compartir en un momento más, entre las anécdotas y fotografías, cómo esa excelencia, durante su infancia, le llevó a visitar al presidente de la República mexicana, de ese entonces.

Una servidora, siempre bromeaba con mi madre de que era coleccionista de medallas, diplomas y reconocimientos especiales. Los recibió desde siempre, desde muy pequeña y hasta los últimos días de su existencia, a pesar incluso, de sus más grandes detractores.

La vacilaba diciéndole que no esperara un monumento.

Quiero confesar que a veces me preocupaba su extrema generosidad, y en ocasiones le recordé que no era la madre Teresa de Calcuta.

Realmente no era coleccionista de reconocimientos, que a decir verdad, se merecía más de los que recibió en vida.

Era más, una coleccionista de su propio espíritu, de hacer las cosas bien hechas desde un principio. Y hacer cosas que valieran la pena para mejorar la condición de quienes la rodeaban, de nuestra comunidad y aunque suene utópico, de la humanidad.

Crecí escuchando,

“Lo haces bien o no lo hagas.”

“Si no sabes hacerlo, aprende. Nunca es tarde.”

“Si no es parte de tu genialidad, delega y colabora.”

“¿Te es complicado aprender? Lee, Toma nota, revisa tus notas, fundamenta tus argumentos.”

“Solo los pen... lo dejan a la memoria.”

(Sustituiré el vocablo usado por “pentontos”).

“Prepárate. Sigue Adelante. Porque, voy derecho y no me quito.”

“Yo sólo fui un vehículo para que nacieras, no me perteneces, levanta tus alas, sueña, vuela.”

*¿Alguien de ustedes reconoce esas frases?*

No eran sólo frases.

Predicaba con el ejemplo.

Y bueno, con este preámbulo, permítanme compartir algunas de las facetas de esa mujer a quien admiro y admiraré. Probablemente no logre abundar o mostrar todas los ángulos de ese bello diamante de ser humano y profesionista, mas haré lo posible por resumir su trayectoria de vida.

Aída Morales Vera, cuyo nombre completo fue Aída Porfiria Morales Vera, jamás le gustó su segundo nombre. Tampoco le gustó al sacerdote que la bautizó, por lo que lo hizo con el nombre Aída de Jesús Morales Vera. Nació un 15 de septiembre de 1947 en la ciudad y puerto de Veracruz. Su madre fue Aída Esperanza Vera Mujica, enfermera de profesión, de origen Tabasqueño.

Su padre, Leobardo Morales Palmeros, comerciante y poeta autodidacta, originario del estado de Veracruz.

Creció en una familia de gente muy trabajadora. Su padre, un hombre que siempre estaba aprendiendo, de manera autodidacta, tuvo una gran influencia en el carácter de Aída. Lo mismo su abuela materna, de quien seguro heredó mucho en carácter y sazón, doña Carmen Mujica Casanova, todo un personaje. Imaginen a alguien con una especie de mezcla entre gallego, tabasqueño, y el sabor festivo del bello municipio de Comalcalco.

Y hablo del sazón, no sólo heredado de su abuela y su propia madre, hablo del sazón porque seguro quienes conocieron de cerca a mi madre, habrán probado sus platillos deliciosamente preparados. Y de los que hizo gala en muchas 'galas',

especialmente galas médicas, organizando caterings, preparando comida para eventos, enseñando a las cocineras y cocineros de múltiples servicios de restauración colectiva y qué decir de sus innumerables emprendimientos en los que la gastronomía eran el producto principal. Si a eso le sumamos su pasión por la buena alimentación y la nutrición, el resultado es un estilo de vida saludable, pues como ella muchas veces lo dijo, la nutrición no es sólo de alimentos, también lo es de pensamientos, emociones, acciones y del alma.

Al abordar el tema de gastronomía, nutrición, servicios de alimentación, llega a la mente, de manera irremediable, su entrañable Hospital del Niño, Dr. Rodolfo Nieto Padrón, en el que diseñó y creó el Servicio de Alimentación y Dietas, las consultas de nutrición pediátrica y el banco de leche materna, a principios de los años 80's en que el entrañable Dr. Nieto, QEPD, le dió todas las posibilidades y la confianza para crear, en un Tabasco donde la nutrición estaba completamente en pañales.

Sin querer parecer arrogante, afirmo que Aída Morales Vera fue pionera e impulsora de la nutrición en Tabasco.

Volviendo a su historia de vida, y para no perderme en la línea del tiempo, nuestra querida homenajeadora creció en su bello Veracruz, aunque por un breve tiempo la familia radicó también en la ciudad de México, donde sus padres tenían ambos, tiendas de abarrotes, servicio de botanas con comida y su abuela, una cocina económica.

Desde pequeña fue una “superviviente”, lo hizo ante una enfermedad que puso en riesgo su vida. El médico ya la había desahuciado, mas su madre, enfermera, no se dió por vencida y con la ayuda de su vecino, un médico recién egresado de la Facultad, le salvaron la vida. Agradecimiento profundo siempre tuvo mi madre, tanto por el Dr. Fernando Gutiérrez Laborde como para aquel desconocido que donó su sangre para que la niña de nueve años, no pereciera.

No daré tantos detalles de su infancia o juventud, pero éste en particular, me pareció significativo porque, de alguna manera, creo, le forjó el carácter.

También desde niña, fue una rebelde. Decía lo que pensaba. Y... ¡pensaba!

Desde pre-primaria hasta preparatoria, estudió en el Colegio América, en el puerto de Veracruz. Siempre con excelentes resultados académicos. Por ello formó parte del viaje de la superación ciudadana de Veracruz en el año 1961, viaje y grupo conformado por los niños más destacados de todas las escuelas primarias oficiales y particulares del Puerto. Recorrieron lugares históricos de México y fueron recibidos en Palacio Nacional por el entonces presidente de la República Mexicana, Adolfo López Mateos. Cabe destacar que muchos de esos niños, continuaron siendo amigos el resto de sus vidas, y juntos, fundaron el Ateneo Estudiantil Veracruzano siendo unos adolescentes, organizando todo tipo actividades culturales y tertulias, además de editar un periódico producido a la vieja usanza.

Justo en estos tiempos de cuarentena, mi madre se puso a escribir. Concluyó un libro de recetas y técnicas culinarias. También estaba escribiendo sus memorias, que, paradójicamente tituló “Cruzando el Puente”.

Y aquí estamos, reunidos en su honor, luego de que “cruzó el puente al infinito”.

Me envió las primeras páginas de su libro, mismo que es un viaje a través de las “estaciones de su vida”. No sé a qué estación llegó el teclado de su computadora tras sorprenderla el sueño del que no despertó, lo que sí sé, es que, lo que dejó escrito, será compartido con quienes le apreciaron en vida. Un texto que muestra mucho de su historia, recuerdos, anécdotas. Pero aún más, de lo que había en su corazón. En el alma. Brillante. De Luz.

El preámbulo de sus memorias, está precedido por el siguiente pensamiento, que me parece, define toda su existencia:

**“No sabemos hasta dónde llegan nuestros límites si no ponemos a prueba todo lo que tenemos dentro, en el fondo del corazón, e intentamos crear algo con todas nuestras fuerzas”. -Aída Morales Vera.**

Y así lo hizo, en cada rincón geográfico al que llegaba, en cada trabajo, proyecto o sueño daba todo de sí. Tanto en México como en el extranjero. En su entrañable Veracruz o en Tabasco. Viajó como ninguna persona que conozco lo haya hecho.

Nos enseñó a soñar y a buscar nuestros sueños, con acciones.

La docencia la llevaba en la sangre. Empezó a enseñar desde que era una jovencita: alfabetizaba. En 1975 debutó como docente en la Universidad Veracruzana, en la Facultad de Nutrición. También enseñó en la Universidad de Nicaragua. En la carrera de enfermería de la universidad Juárez autónoma de Tabasco, así como en las carreras de psicología y nutrición de la UJAT, esta última, carrera de la cuál fue fundadora. Además, enseñó en la Universidad del Valle de México, La Universidad Tecnológica de Tabasco y el sistema CONALEP. Fue maestra invitada en otras universidades del sur de México. Siempre demostrando su excelencia como docente.

En el campo de la nutrición, fue Jefe del Servicio de Alimentación en el Hospital Regional de Veracruz, y en Tabasco, como lo mencioné antes, creó el departamento de nutrición y el servicio de alimentación del Hospital infantil de Alta Especialidad, Dr. Rodolfo Nieto Padrón y trabajó ahí durante poco más de una década. Durante mucho tiempo se dedicó también a la investigación. Publicó en varias revistas médicas y presentó sus trabajos en innumerables congresos, simposium y jornadas.

Muchos años de su vida los dedicó a crear programas de nutrición y participar en proyectos del Sistema del Desarrollo Integral de la Familia. Trabajó en DIF Tabasco donde forjó un grupo de colegas y amigos entrañables. También colaboró en DIF Boca del Río, en Veracruz.

Diseñó e implementó, con el apoyo de muchas personas, el sistema de gestión de calidad en el programa de desayunos escolares. Investigó el impacto del estado de nutrición infantil como resultado de la orientación higiénico alimentaria en la madre tabasqueña.

A veces sus sueños eran más grandes que los recursos con los que se contaban.

Si me pongo a enumerar todos los trabajos de investigación, proyectos y programas en los que participó, colaboró, creó o coordinó, no termino esta noche, no me dejarán mentir sus colegas y amigos. Todos, proyectos dirigidos al bienestar de la comunidad y la erradicación de la desnutrición infantil. Alguno de esos

proyectos implementados, sirvieron de modelo para el resto del país.

De manera personal, me impactó mucho, siendo muy joven, ver los resultados del trabajo de investigación en el que desarrolló una fórmula vegetal que sustituía la leche y empezó a ser implementada en comunidades rurales con magníficos resultados en la nutrición infantil.

También me impactó que no faltó quien quiso sacar provecho de esa fórmula para vendérsela a una trasnacional. Por supuesto, doña Aída no lo permitió, y si la trasnacional la comercializaba, los dividendos no deberían ser para un individuo que hacía política, sino para sostener programas comunitarios y la investigación al seno del hospital infantil. El resultado: no hubo tal comercialización y a ella le costó el acoso de quienes perdieron la apuesta buscando beneficios personales.

Me impactó también ver cómo, con educación a las madres de zonas rurales, y usando el liderazgo comunitario, se podían disminuir los índices de niños hospitalizados por malnutrición y enfermedades directamente relacionadas con la precariedad, la falta de higiene y conocimiento.

Me impactó la trascendencia de muchos de los proyectos que lideró y su generosa entrega para enseñar, dar, contribuir. La mejor manera que tenía para luchar por lo que no podía resolver sola o en colaboración era formar profesionales de calidad, comprometidos con la sociedad, que replicaran lo positivo y abrieran paso para lo mejor que, tarde o temprano estará por llegar.

En su haber dictó más de 70 conferencias (al menos, hasta donde llegó mi cuenta hecha no hace mucho), decenas de talleres y cursos, capacitaciones. Su objetivo: multiplicar el conocimiento. Fue fundadora de varias asociaciones, tanto de carácter socio-cultural como médicas y de nutrición. Participó de manera activa en muchas otras, ejemplo es esta Academia de Bioética que hoy le rinde homenaje.

Jamás dejó de aprender. Constantemente se capacitaba. Estudiar era parte del oxígeno que la mantenía viva. Enseñar, el motor de esperanza para las generaciones futuras y un legado que no vería.

La carpeta que reúne sus diplomas, reconocimientos, constancias y hasta

medallas, parece una biblia antigua (en cuanto a volumen) por la cantidad de documentos que contiene. Eso les puede dar una idea de lo activa, pro-activa y prolífica que era.

Entre los muchos reconocimientos recibidos, hay uno que siempre fue muy especial para ella, la medalla Dr. Rodolfo Nieto Padrón, misma que le fue entregada durante unas jornadas de pediatría en los años 90's.

Pero el más grande reconocimiento, es el que podemos darle juntos, su familia, colegas y amigos por el gran ser humano que fue, siempre ayudando al otro, tendiendo la mano a los amigos, dando un consejo.

A veces dura, muy dura. No tenía timidez para expresar lo que pensaba. Dirían popularmente “no tenía pelos en la lengua”, pero siempre congruente. Congruente con ella misma.

Era capaz de quitarse lo que traía puesto para dárselo a quien lo necesitara.

En nuestro hogar, vi desfilar gente hermosa, campesinos que venían de zonas rurales a traer a sus niños al hospital y no tenían dónde quedarse a dormir. Les daba casa, comida, les apoyaba en lo que estuviera en sus manos, en aquellos tiempos en los que no habían albergues aún.

Si estaba en sus manos, le daba trabajo al que lo necesitaba.

Mandaba a la escuela y pagaba los estudios de quienes no podían hacerlo por ellos mismos y quienes ella vía tenían potencial.

Recibió en su casa, vaya, perdí la cuenta del número de pasantes de nutrición que venían de lejos y les daba techo.

Tuvo muchas hijas e hijos postizos.

Siempre nos dijo:

“Ayuda si está en tus manos, y no esperes recompensa. Será la vida, la que se encargará de darte a ti, lo que necesites cuando lo requieras. Gente mala siempre habrá en este mundo, pero gente buena hay aún más. No patees al que te lastime o

ataje tu camino, déjalo, sólo caerá. Rodéate de gente positiva”.

Y como lo escribió en la dedicatoria de un libro que me obsequió una navidad de 1998, el **Tao Te King** y que “sin querer” saqué del librero hace un par de días buscando otra cosa, me sorprendí al leer la dedicatoria “Que el Tao de la vida, lo apliques en cada una de tus acciones, mientras estés entre el cielo y la tierra”.

En este día, 11 de junio de 2020, querida Aída, te damos las gracias por el gran ser humano que fuiste. Celebramos tu vida. Tu huella estará grabada por siempre en nuestros corazones.

*Descansa en Paz.*

...

P.D. A ti, madre... A ti, amiga Aída, hasta donde estés te envío mi amor. Te agradezco infinitamente por todo. Absolutamente todo. Celebro tu vida.

Hace unos días, caminando entre los trigales, veniste a mi. Y recogí una espiga en tu honor.

Con los ojos del alma, espiga dorada, pentafásica, te imagino bailando un vals entre las estrellas luminosas del universo infinito, acompañada dulcemente del Caballero Águila.

*En un rincón campirano de Suiza,  
Jueves 11 de junio de 2020.  
Tu hija, Tania.*